

# LA SALUD PÚBLICA COMO PROBLEMA INTERNACIONAL\*

Por el Dr. RAYMOND B. FOSDICK

*Presidente, Fundación Rockefeller, New York*

Nos reunimos esta noche en medio de un cataclismo, más despiadado, bárbaro y destructor que cuanto la raza humana haya jamás experimentado. La victoria militar ya parece segura, pero los problemas residuales que va a dejar esta guerra en su rastro sobrepasan con mucho en lo arduo y lo ominoso, los problemas que hemos contemplado hasta ahora. Es una cosa ganar la guerra, pero es muy distinto, según ya descubrimos en 1919, ganar la paz. Esta guerra ha desatado odios y un deseo de venganza tan intenso y difundido que el rescoldo arderá por mucho tiempo escondido en la ceniza. Las consecuencias desastrosas de lo que el género humano ha hecho en el último quinquenio, sobrevivirán todavía en el mundo cuando los hijos de nuestros hijos sean llevados a sus tumbas.

Además, ya sabemos hoy día, como no sabíamos en 1919, que la guerra moderna y la civilización moderna no pueden sobrevivir en el mismo planeta. No podemos conservar ambas cosas, y una o la otra tiene que desaparecer. No podemos tener las zumbadoras bombas robot y la salud pública en el mismo planeta. „No podemos desarrollar las facultades destructoras de la física y la química tal como se desarrollan actualmente, y al mismo tiempo mantener intactos nuestros hospitales, escuelas e instituciones culturales. Los puentes sobre el Arno en Florencia están derrumbados, y ¿podríamos esperar otra cosa cuando hay gente que lleva dinamita y TNT al corazón de Florencia?

Cuando contemplamos el futuro, el panorama es verdaderamente horripilante. No tratemos de atenuarlo ni encubrirlo con optimismo infundado. Tenemos enfrente un panorama de poder físico en vías de expansión, de una humanidad armada hasta los dientes, con armas cada vez más destructoras a medida que la ciencia y la tecnología prosiguen su marcha triunfante. Nos confronta una cuestión que no podemos evadir. ¿Pueden avasallarse esa ciencia y esa tecnología? ¿Va el hombre a ser el dueño de las fuerzas huracanadas que crea, o va a ser su víctima? Si la ciencia no avanzara, si no fueran a agregarse nuevos poderes a los que ya posee el hombre, el problema tal vez encontrara solución con el tiempo; pero por supuesto tal idea es pura ilusión. Nos encontramos meramente en los principios del progreso de nuestras tecnologías. La física y la química apenas si han comenzado a demostrarnos lo que la fuerza realmente significa. Hay nuevos poderes y armas al virar de la esquina, poderes y armas esos que apenas podría confiarse que usara justamente la mayor sabiduría: aeroplanos más grandes, más rápidos y más mortíferos que los utilizados actualmente, explosivos capaces de una destrucción que excederá con mucho en su alcance e intensidad cuanto soñamos

\* Discurso pronunciado ante la Asociación Americana de Salud Pública en la Septuagésima Tercera Reunión Anual en New York, el 3 de Octubre de 1944. El texto original en inglés aparece en el *American Journal of Public Health*, p. 1133-38, nbre. 1944.

en este momento. ¿Cómo vamos a emplear esos aviones y explosivos? ¿Cómo vamos a reconciliarlos con el adelanto y la felicidad del género humano?

Hace muchos años la organización a que pertenezco, la Fundación Rockefeller, construyó una escuela de salud pública en Varsovia para la preparación del personal sanitario. Ya no existe; la destruyó en un segundo una bomba de poder indecible. Construimos una escuela de higiene y medicina tropical en Londres. Todo el costado, incluso la biblioteca, ha sido derruido por una bomba. Construimos institutos de salud pública en Sofía y Budapest y Zagreb y Bucarest; si algo queda de ellos hoy día no lo sabemos. Construimos una biblioteca en la Universidad de Nankai; completamente demolida, no queda de ella piedra sobre piedra. Construimos en Peiping el mejor hospital de enseñanza y la mejor escuela de medicina de toda el Asia. Si sobrevivirá algún fragmento cuando se retiren los japoneses, conjétúrelo quien quiera.

Sin embargo, esas cosas no son más que ladrillos y cemento. Consideremos la situación desde el punto de vista del personal y de la preparación de guías intelectuales. Desde hace años la Fundación Rockefeller ha sostenido ciertos estudios en las ciencias físicas y sociales en la Universidad de Leyde, Holanda, y en las tres universidades checas de Praga, Brno y Bratislava. Hace cinco años los alemanes clausuraron todas esas instituciones y arrestaron y fusilaron a muchos de los profesores y estudiantes. Así también fueron clausuradas las cinco universidades polacas, algunas de ellas destruidas y sus facultades dispersas y degolladas. A la lista de bajas sangrientas tenemos igualmente que agregar la Universidad de Oslo en Noruega. En Francia la Universidad de Estrasburgo, el Instituto de Etnología y el Centro de Estudios de Asuntos Extranjeros en París, constituyen un mero ejemplo tomado al azar de las instituciones con las que la Fundación ha mantenido por largo tiempo relaciones y que han sido suprimidas violentamente. En China lo que ha sucedido a las escuelas y universidades constituye una serie de brutalidades sin igual, a menos que retrocedamos a la Edad de las Tinieblas.

¿Qué significa todo esto? ¿Van a ser los esfuerzos de cada generación completamente borrados por los odios de la próxima? ¿Tiene el género humano que anticipar que le destruirán sus escuelas periódicamente, que sus hogares y proezas culturales serán periódicamente destruidos, sin que nada de lo que más estimamos esté a salvo del peligro, sin puentes sobre el Arno que puedan garantizarse contra la violencia humana?

He ahí el porvenir que contemplamos. He ahí el problema que nos espera cuando termine la lucha. ¿Qué vamos a hacer sobre esto? No podemos proseguir como hasta ahora. El género humano ha llegado por fin al final de un camino.

La respuesta es manifiesta, y radica en los comienzos tentativos que ya se van haciendo en Dumbarton Oaks. Este país y los demás países del mundo se ven confrontados con una gran decisión, una demanda insistente de que la inteligencia humana despliegue sus facultades en una escala osada y sin precedentes. Esa decisión nos exige nada menos que la organización de la familia de las naciones en

una unidad eficaz de trabajo; significa que debemos reconcentrar del lado de la paz y la justicia todos los recursos constructivos que sean asequibles en todas partes: recursos espirituales, recursos educativos, las esperanzas que abrigan los pueblos de todos los países, los lazos que unen a la raza humana a través de las fronteras, la decencia innata de las masas de humanidad cuando se las desembaraza de una dirección perversa, el deseo de justicia y verdad de la gente sencilla en todas partes, si únicamente alguien les dice lo que son y significan.

Este gran esfuerzo para alzar defensas contra nuestra propia violencia no puede ser un mero remiendo. Ya no queda nada que remendar. Se necesita construcción original y atrevida. Debemos mostrarnos intrépidos en nuestros planes, y dispuestos a descartar los lemas y motes acerca del nacionalismo y la soberanía que nos traicionaron en 1919 y que por espacio de un siglo han atestado nuestra mente. Debemos estar preparados para el sacrificio, porque sin él jamás se gana nada que valga la pena y ninguna nación puede obtener seguridad por medio de regateos. Debemos estar dispuestos a combinar nuestros recursos y a aceptar obligaciones en una escala que chocará con tradiciones y técnicas acariciadas de viejo. En resumen, debemos estar preparados para ideas y prácticas que tal vez parezcan revolucionarias a algunos de nosotros, porque la bomba robot es revolucionaria y los nuevos explosivos que están por llegar son revolucionarios, y a menos que combatamos la revolución con la revolución nos veremos agobiados por fuerzas ingobernables.

El peligro estriba en que lo que hagamos sea insuficiente, que nos arredren las concesiones, que nos mostremos tímidos con respecto a aventurarnos demasiado lejos, que desbaratemos un plan vigoroso, proponiéndonos mediar con uno débil, y que tratemos de detener un huracán con un mero paraviento. Ya oímos voces de cautela, y se nos advierte que hay ciertos pasos que los Estados Unidos no pueden dar sin un rompimiento demasiado violento con la tradición. Uno de nuestros columnistas más eminentes nos habla de la "locura de desafiar una prerrogativa antigua y estimada." Pero el avión robot desafía a la misma civilización y a la posibilidad de llevar una vida humana decente en este planeta, y esto, a mi parecer, es mucho más importante que la conservación de una prerrogativa por estimable que sea. Darnos 10 años de desarrollo de bombas robot y de cañones de cohete, y bien pocas prerrogativas le quedarán a nadie.

No tengo que sugerir que la gran decisión que nosotros y las otras naciones tenemos que tomar en el futuro próximo, sobrepasa toda cuestión de política o de partido. Toda persona o todo grupo que trate de beneficiarse egoístamente de este esfuerzo dedicado a establecer las relaciones internacionales sobre una base estable, es culpable de un crimen que la historia jamás condonará. Seamos bien francos sobre este asunto. Malgastamos una oportunidad única en 1919; tal vez sea ésta la última oportunidad que tengamos. Lo que hagamos en esta generación puede

muy bien decidir la clase de civilización, si va a haber civilización, que reinará en el globo en los siglos por venir.

¿Pero qué tiene que ver todo esto con la salud pública? En contestación, diría que ningún plan legal, ninguna fórmula fija, pueden por sí mismos garantizar que el mundo no será hecho trizas cada vez que la pasión y la emoción tomen el mando. Antes de que pueda sentirse absolutamente segura de que están cohibidas las fuerzas de la violencia, la colectividad de naciones tiene que poseer una especie de integración intelectual y espiritual, por lo cual hay que crear para la vida internacional nuevas zonas y técnicas de acción cooperativa, que se ajusten a los hechos de la era en cuyo dintel nos encontramos ahora. Necesitamos puntos cohesivos de unidad, centros alrededor de los cuales puedan abanderarse individuos de diversas culturas y credos; campos bien definidos de necesidades o metas de esfuerzos, en los cuales, combinando su inteligencia y recursos, la raza humana pueda acrecentar su propio bienestar. Únicamente a medida que comencemos a alzar ladrillo tras ladrillo en esas zonas de interés colectivo en las que resulta posible la cooperación y el resultado es beneficioso para todos, podremos erigir el edificio definitivo de una sociedad unida.

A mi entender la salud pública es uno de esos puntos cohesivos de unidad. La salud es algo que todas las naciones desean y que ninguna nación al obtenerla se la quita a otra. No hay un abasto limitado de salud por el cual tengan que competir las distintas naciones. Por el contrario, toda nación al fomentar su propia salud mejora la salud de las demás naciones, del mismo modo que ayudando los esfuerzos sanitarios de otras naciones nos protegemos a nosotros propios. Ahí, en resumen, tenemos una esfera de interés común para la raza humana en todas partes del globo. Interpretada en términos amplios y positivos, a fin de abarcar la aptitud física, mental y moral, puede convertirse en núcleo de actividad internacional que aliente la emulación en otros y más difíciles terrenos. Lo que la Sociedad de las Naciones hizo en Ginebra por conducto de su Organización Internacional de Higiene, puede muy bien servir de punto de partida y de base para una obra mucho más amplia y mejor sostenida. Un sistema de inteligencia epidemiológica mundial, la estandarización de los productos biológicos, el intercambio organizado de personal sanitario para ensanchar el horizonte técnico y avivar la imaginación de los funcionarios sanitarios, la complementación de la actividad sanitaria en los países en que es inadecuada, la formulación de pautas mínimas de obras sanitarias aceptables que puedan aplicarse sobre una base universal, la creación de comisiones de peritos y de conferencias internacionales sobre temas tales como malaria, fiebre amarilla, rabia, nutrición, viviendas, higiene rural, educación física, seguro social, he ahí puramente algunos ejemplos de las obras que puede llevar a cabo provechosamente, quizás sobre una base regional, una nueva Organización Internacional de Higiene.

Las obras de este género podrían crear nuevos hábitos en las relaciones internacionales, y podrían excavar nuevas vías intelectuales y establecer

nuevas técnicas de ataque. Podrían formar la delantera en demostrar a los países del mundo, hoy separados por los odios y la pasión, lo que significa trabajar de consuno.

Acaso yo aquí haya dado la impresión de que el principal propósito de esas obras de salud pública consiste en estimular una unidad internacional que salve al mundo del naufragio. No negaré que ese objetivo constituye un aspecto alentador y fundamental de la labor sanitaria en escala internacional; pero la obra sanitaria que desatiende banderas y fronteras se ha vuelto en nuestra generación indispensable para la seguridad de la raza humana en todas partes. No podemos tener aviones cruzando a diestro y siniestro el mundo en todas direcciones en el espacio de algunas horas, y esperar que retendremos nuestras viejas ideas de soberanía territorial y nuestros antiguos métodos de cuarentena. Esas ideas y métodos se han vuelto de repente anticuados. Ya no podemos pensar en la salud pública exclusivamente en términos nacionales. En un mundo tan íntimamente unido como el nuestro, ya se trate de enfermedad o desastre económico, lo que amenaza a un país los amenaza a todos.

Tomemos, por ejemplo, la situación de la fiebre amarilla. Como ya sabéis, jamás ha habido fiebre amarilla en la India o en el Oriente, aunque el principal vector, el mosquito *Aedes aegypti*, se encuentra presente en todas partes allí, por lo cual no se ha establecido inmunidad a esa dolencia, como ha sucedido en continentes como el Africa y Sud América, en los que la fiebre amarilla ha existido por mucho tiempo. Un país como la India representa, pues, un montón de yesca dispuesto para una conflagración de proporciones cataclísmicas. Bastaría para ello un solo mosquito infectado que atravesara todas las vallas de la cuarentena, la vacunación y la vigilancia médica; y el avión ya está ahí a mano y en aptitud de transportar insectos como pasajeros lo mismo que transporta pasajeros humanos. Ninguna nación por sus propios actos exclusivamente puede protegerse contra peligro tan tremendo. Necesítase acción cooperativa unida que desatienda las fronteras y que relegue los conceptos de la soberanía al limbo del olvido.

El mosquito *gambiae* nos facilita otro ejemplo histórico. Su habitat, según sabéis, radica en la zona tropical de África, extendiéndose desde el límite meridional del desierto de Sahara hasta el río Zambesi. Azote por varios siglos del Africa Central, portador de un tipo de malaria grave y a menudo letal; hasta 1930 se le desconocía en este lado del Atlántico; pero una nueva compañía de navegación aérea comenzó a llevar pasajeros al Brasil y no hubo nada que impidiera que el *gambiae* también fuera. Y llegó el *gambiae* con resultados tan desoladores que aún hoy día el terror de sus estragos se halla hondamente grabado en la memoria de los habitantes del nordeste del Brasil. Se necesitaron años de esfuerzos y millones de dólares para erradicar la especie de su nuevo hogar, pero se obtuvo por fin ese triunfo, esperándose que la fumigación de los aviones que llegaban impediría otra incursión semejante. Tal esperanza fué vana. El año pasado se encontraron mosquitos *gambiae* vivos en los edificios cercanos al aeropuerto de Natal, y teníamos allí en embrión los principios de otra conflagración.

Gracias a los esfuerzos de las autoridades del Brasil y de Estados Unidos la situación inmediata está resuelta, pero nos plantea un problema de mayor importancia que no podemos evadir. Ya no cabe dejar a

merced de las incertidumbres de una campaña a base de escopetas de insecticida la seguridad del Hemisferio Occidental, que hoy queda a pocas horas de vuelo a través de un estrecho océano. Si va a protegerse adecuadamente a las Américas hay que erradicar o controlar los criaderos de *gambiae*, ya sea en Africa o dondequiera que se encuentren. Hay que llevar la campaña a los focos de infestación; ya no puede ser defensiva, sino ofensiva.

La campaña ha sido emprendida, o por lo menos iniciada. Representantes de la Sanidad del Brasil han ido al Africa Occidental y los representantes de los Estados Unidos se encuentran allí hoy día. ¡Oh sombras de los aislamentistas de 1919! ¿Qué hace nuestro personal médico oficial en el Africa Occidental? ¿Por qué no se queda en su país y atiende a sus asuntos propios? A esto contestaremos que este mundo recién hecho, que el avión ha enlazado, ha perdido sus fronteras. Ya nos plazca la idea o no, la propinquidad de la vida moderna nos confronta hoy día con demandas ineludibles de nuevas técnicas. Vivimos en el Siglo XX y no podemos desandar nuestros pasos para retroceder al Siglo XIX. Para bien o para mal nos encontramos en una era en la cual nuestra única esperanza de supervivencia radica en la colaboración a través de las fronteras.

¿Puedo dar un ejemplo más de la naturaleza internacional que la salud pública debe revestir en este nuevo mundo? La guerra va a empujar a China a primera fila entre las naciones. Una antigua y distinguida civilización y un gran pueblo van a ocupar por fin el puesto que les corresponde entre las principales potencias del mundo. En el futuro próximo, apenas termine la guerra, las relaciones de los Estados Unidos y de las otras naciones con China van a ser estrechas e íntimas. Le venderemos nuestros refrigeradores y maquinaria agrícola, a trueque de artículos y servicios que nos facilitará, y el acceso fácil por avión y buque complementará la corriente de ideas y aportes culturales a través de los confines chinos.

Pero China sólo cuenta con 658 hospitales para 460,000,000 de individuos, mientras que en los Estados Unidos hay más de 6,000 hospitales para 130,000,000 de habitantes. En China no hay más de un médico bien preparado por cada 70,000 habitantes, en tanto que en este país hay un médico por cada 750 habitantes.

Aun esas cifras sólo indican parcialmente la magnitud del problema, pues no toman en cuenta el hecho de que en China la enfermedad es mucho más frecuente que aquí y que las condiciones que la fomentan son mucho más agudas.

Echemos una ojeada a algunas de las cifras. El cólera es denunciado todos los años en China; hubo 100,000 casos en 1932, 65,000 en 1942, 17,000 en 1943. De peste bubónica hubo aproximadamente 6,000 casos en 1942. Calcúlese que hay unos 6,000,000 de casos de disenteria anualmente, 90% bacilares y 10% amibianos. El número calculado de casos anuales de fiebre tifoidea llega a 700,000; de viruela, 500,000; de difteria, 360,000; de escarlatina, 180,000. La meningitis epidémica se calcula en 100,000 casos al año; la malaria 21,000,000; la esquistosomiasis, 10,000,000, la tuberculosis activa en 36,000,000: 8% de la población. La desnutrición está tan difundida que no hay estadísticas que la mencionen.

Tenemos ahí un país a punto de ser enlazado por nexos íntimos con el resto del mundo. Los aviones establecerán nuevos contactos y nuevos centros comerciales en mil puntos distintos. La corriente de artículos y de personal será una constante marea alta. ¿Nos alegrará alguien que el resto del mundo no tiene ningún interés

legítimo ni ninguna responsabilidad en las condiciones sanitarias de la China? De ahora en adelante viviremos en una intimidad y un contacto cada vez mayores con esas condiciones sanitarias. No hablo de caridad para el prójimo, aunque supongo que esa virtud todavía retiene su mérito. Hablo más bien del problema que representaría tratar de mantener una vida sana para nosotros y para nuestros niños, al lado de la patología tan reinante en China. Me gustaría que los que tan volublemente hablan de "globalomanía" contemplaran este cuadro del aspecto internacional de la salud pública. Al tratar de mostrarse realistas empedernidos, sólo logran ser obtusos. Los levitas de este mundo moderno ya no tienen la optativa de cruzar al otro lado del camino, pues si lo hacen es a riesgo de perder la vida. En esta civilización entrelazada la compasión hacia el individuo a quien han agarrado los ladrones es ya una necesidad ineludible. Ya se trate de malaria, cólera, peste o tuberculosis o de cualquiera otra enfermedad, las naciones del mundo consideran a esos enemigos del género humano no como a grupos aislados por fronteras geográficas, sino como a miembros de la raza humana lanzados súbitamente a una proximidad perturbadora. Nosotros no lo proyectamos así, y la ciencia tampoco lo proyectó así. Hemos penetrado involuntariamente en esta situación; pero aquí estamos: todas las naciones y las razas apiñadas en una sola colectividad, unidas por lazos que no pueden ya quebrantarse. En verdad, un mundo, un porvenir, un destino.

Quizás haya divagado demasiado sobre esta tesis, pero en una palabra, nos lleva a esta conclusión: Ha pasado ya el día en que una nación puede vivir por sí misma. No puede ni siquiera morir por sí misma, pues todo el mundo se hallaría entonces encadenado a un cadáver, del cual la infección letal pasaría al resto. Ha llegado la hora de decidir; es más, llegó hace 25 años, y estamos muy retrasados. Nosotros, los interesados en la salud pública, tenemos una oportunidad seductora de tomar la delantera, de colocar una de las piedras angulares del nuevo edificio, de desarrollar el pensamiento que hay que crear en términos geográficos expansivos, a fin de servir las causas más grandes en que debe reposar este nuevo mundo, si va a mantenerse a tono con los hechos del Siglo XX.

---

**Nuevo bactericida.**—Según Robinson y sus colaboradores (*Sc. News Lett.*, 63, jul. 22, 1944.), la estreptotricina, descubierta en 1941 por los Dres. Waksman y Woodruff, encierra grandes posibilidades bactericidas contra la tifoidea, la disentería, las heridas y quemaduras infectadas. Las experiencias en ratas fuertemente infectadas con microbios gram-negativos, demuestran que son protegidas con pequeñas dosis de la estreptotricina. La droga es menos eficaz cuando se aplica por vía oral que inyectada. La similitud en acción de la estreptotricina y de algunos sulfonamidos, sugiere su posible valor en la disentería bacilar y en la tifoidea.

---

**Penicilina inhalada.**—De acuerdo con el Dr. Vernon Bryson y sus colaboradores de la Institución Carnegie de Washington (*Sc. News Lett.*, 57, jul. 22, 1944.), la penicilina puede usarse en inhalaciones por los enfermos de neumonía u otras afecciones respiratorias. La penicilina puede convertirse en un aerosol usando un nebulizador corriente y aire u oxígeno comprimidos. Las experiencias en conejos y en ratones demuestran que la penicilina así aplicada, penetra en los pulmones donde puede actuar directamente sobre los microorganismos.